

# Los Juegos mudados

Emilio Gordillo  
Para VÃ-ctor Quezada.

Vvms mrdzds.Â Â Â Â Â Â Â Â Â  
Gonzalo MillÃ;n.

I

Pegar - pegar es el nombre del juego. O lo era. El juego permanece, el nombre no. Se respiraba miedo. No sabÃ-amos entonces que ese hedor correspondÃ-a a tal palabra pues solo inhalÃ-Ãbamos miedo. No oÃ-amos. No se sabÃ-a.

Se jugaba en la villa El Sendero, comuna de La Florida. Pero no solo ahÃ- sino en toda la comarca, Pegar - pegar, por ese entonces, era un divertimento reproducido sin cesar y de barrio en barrio. El santiaguino de mi edad debe conocerlo, aunque es bastante probable que lo niegue.

Se jugaba.

SÃ-.

Todos niÃ±os. Unos mÃ-Ãs que otros pero al fin y al cabo niÃ±os.

II

Â¿Ã-ramos nosotros? Â¿Pelados y piojosos? Â¿SerÃ-amos?

III

Contar cuesta lo mismo que jugar. Ayer y hoy. Vale.

Ã-ramos. Los que jugaban. O lo que nuestros padres nos dejaban ser. Me explico. Ellos nos veÃ-an a diario, al menos durante un tiempo fue asÃ-, hasta que los premiaron con la benevolencia del trabajo y la confecciÃ³n, lo cual es lo mismo a decir que los convirtieron en mano de obra. Pero baste decir que ellos conocÃ-an mejor que nosotros los mecanismos lÃ-Ãgicos de nuestros encuentros. Vista y paciencia. CobardÃ-a tambiÃ©n, mucha cobardÃ-a, visiÃ³n y ceguera absoluta, solo asÃ- uno puede transformarse en mano de obra, con pleno consentimiento, con vocaciÃ³n de esclavo. Se asomaban a las rejas, sin salir, cuando no tenÃ-an trabajo, antes de que subieran los Ã-ndices cuyas alzas marcaron nuestro abandono a manos de su ocupaciÃ³n. Oteaban a derecha e izquierda dÃ-ndole un vistazo a la cuadra y se quedaban parados con sus hombros caÃ-dos para rondar otra vez con la mirada. Luego juntaban la reja, no sin antes asomarse levemente, husmeando todo el tiempo, desvergonzados todos.

Contar cuesta coraje. Ellos sabÃ-an. No tenÃ-an coraje. Son doblemente responsables. Yo quiero jugar. No quiero ser como ellos, como nosotros. Repleto de frases cortantes.

Cuesta.

Pero quiero.

Con ustedes.

Cuesta vergÃ¼enza, cuesta sangre y desencanto. Y sexo, toneladas aplastantes de sexo. No importa el lugar donde la rata se mueva, el sexo estÃ-Ã antes y en todo lugar, es omnipotente y fluido, como los murmullos que ahora escucho y me dictan que no importaba que viviÃ-Ãramos lejos del centro o que corriÃ-Ãramos por calles con luz total durante el dÃ-a y penumbras amarillas por la noche, nosotros, insisto terco en el plural, sombras oscuras, lo que fuimos y seremos, pero deseosos de jugar, Ã-ramos felices dentro de lo posible, y lo posible tenÃ-a la forma de un atasco sexual desbordado con la velocidad engaÃ±osa con que se expande la sangre del crÃ-Ãneo de un hombre reventado contra el asfalto. La penumbra y la luz. La luz tambiÃ©n costaba, sin metÃ-Ãforas. Un paquete de tallarines costaba, fiambres no habÃ-an, la mantequilla costaba, un paquete de champiÃ±ones no costaba pues no existÃ-a, los fiambres sÃ- existÃ-an, aunque no lo supimos hasta mucho despuÃ©s. Tal vez sea aquel el problema de hoy, todo estÃ-Ã a la mano, nada al alcance del espejismo que es la imaginaciÃ³n. Era el tiempo en que se suponÃ-a se estaba a las puertas de la salida de la crisis, o mÃ-Ãs bien a medio camino por el tÃ-Ãnel de la crisis, que es un tÃ-Ãnel que conecta con otros tÃ-Ãneles de otros tÃ-Ãneles comunicados bajo un ocÃ©ano de corrientes laberÃ-Ãnticas y terriblemente biolÃ³gicas. Yo estaba dentro de ese ocÃ©ano, pero feliz, mucho mÃ-Ãs feliz que hoy, como quien se zambulle por primera vez en el agua y no se imagina lo que le espera al toque del fondo. Alegre, no sÃ© si por ser un niÃ±o o porque los pulmones se aplastaban de lÃ-Ãquido y hasta el lÃ-Ãmite con esos desbordes del sexo. PerdÃ³n, de los juegos.

IV

Somos lumpen. Somos hijos del narcotrÃ-Ãfico en sus variantes mÃ-Ãs sorprendentes. El contrabando es total.

V

LlegÃ³ la seÃ±ora Raquel con toda su progenie. Ese fue el dÃ-a en que la Villa El Sendero cambiÃ³. VenÃ-an en un carretÃ³n destartalado y a mal traer, o tal vez aquella mole de frazadas y mueblerÃ-a en mimbre haya sido simplemente una camioneta con injertos de madera. Con las descargas de los pocos muebles y haberes fueron bajando todos los

hijos de la señora Raquel: siete chicos de las más diversas edades. Parecían paridos a lo por medio. Yo no entendí, aquel día, y viendo desde la distancia de dos casas y por el frente, que ellos eran los primeros, los más novatos exponentes del futuro. Quié debate iba a decirlo, entre la basura y la espuma caliginosa de los escupos que se lanzaban unos a otros se ocultaba el futuro, volaba el futuro de la boca a la acera seca y recalentada por el sol y se evaporaba dejando un rastro blanquecino. ¿Quié debate iba a ver ese rastro más que yo? ¿De que sirve que lo recuerde? Y es que yo podré sentarme a hablarles de la textura de aquella saliva o de los raspones ásperos que dejaba el polvillo del asfalto sobre nuestras manos. Seré perfectamente capaz de detallar calle por calle aquel barrio yermo, describir nuestro primer centro cívico y explicar que se trataba de un mall. Podré nombrar las tiendas de nombres grandilocuentes y delatantes: decir Almacenes Parés, decir Fallabella, o decir, además, que soy las cosas que nombro. Yo puedo hacerlo, podré seguir en esto y exhibirme hasta el cansancio del cansancio, mostrar mi historia, decir esto soy, heme aquí, señores del jurado y respetable público, les ofrezco mi cabeza.

Mas no lo haré. Yo quiero otra cosa. Nosotros queremos. En mi cabeza. No la cortaré.

Intentaré no volver a desviarme.

Crecimos torcidos.

Nos torcieron.

Cobardes.

Viejos malditos.

Nos impiden hablar, somos como un cementerio absurdo y girado, con cruces bajo tierra y muertos flotando en el aire.

No me quiero desviar, vengo chueco, torcido. Ayódenme.

Hablémos de la señora Raquel, hablémos de los juegos, de cómo los perdimos sin tenerlos en verdad.

## VI

Sí. La señora Raquel, Raquel de Muñoz, si no me equivoco. Llegó con sus hijos el día que cambié todo. Ustedes deberán saber que el mundo no cambia así porque sí, simplemente y de un día al otro. Pero hay signos determinantes, respetable público, y ya les tocará el turno de decidir si mi defensa es o no legítima. Yo soy un signo, yo soy una promesa de futuro, nosotros, te lo digo sobre todo a ti, que me ves con tu gesto curioso y el cuello inclinado, casi fingiéndote fuera de esto que nos determina en mayor o menor grado, te lo digo, aquel fue un principio de la mudanza. Pero prosigo. Hay signos. Uno de ellos fue una copia de la Gioconda. Vené entre los restos miserables de la mueblería raquítica de los Muñoz, estamos hablando del año ochentaiocho y de una población marginal de la ciudad. Como podré visualizar, la pintura aquella brillaba entre los silloncitos de mimbre y los niños mugrientos que comenzaban a descargarla mientras la señora Muñoz daba indicaciones a grito y garabato limpio. En la sala de mi casa había una copia exacta de ella, no diré living, yo no pertenezco a ustedes sino a nosotros; la copia vené delimitada en el mismo marco de oro falso, pintarrajeado, se supone, pero, ¿quién podrá dudar de su belleza falsa? Yo no puedo. Es decir, yo sé que era horrible, pero en nuestra cabeza, en mi cabeza, no, el cuadro es aquí, en nosotros, una obra bellísima, es también el punto que me permitió conocer el mundo de los Muñoz, que por entonces, yo no lo sabía, era conocer el futuro.

Quien se acercó primero a los Muñoz, a Felipe para ser más exactos, fue Carlitos, mi vecino de enfrente y que insisté en caminar como un mico mongoloide y mear sobre las piernas de cualquier amigo desprevenido. Puedo verlos girar uno en torno al otro, como en un duelo a cuchillos, no a estoques, esas hojas de fierro con empuadura provisoria. Mas bien parecé a un duelo a la antigua, a cuchillazos, a cortes que son como un destello y que jamás duran más de dos minutos. Eso debe haber durado aquel rodeo entre Carlos y Felipe. No se escupieron. Carlos no desvainó su verga para mear las piernas del nuevo vecino. En vez de eso, Carlos, más pequeño y de nuestra edad, fue rompiendo el radio que lo separaba de Felipe, quien lo acogió lentamente y en un movimiento que mezclaba el paternalismo con la violencia, un movimiento que Carlitos siempre había conocido muy bien. Le cruzó el brazo por sobre los hombros y entraron a casa rozando la copia ordinaria de la pintura con los pies negros, dejando una estela de tierra café.

## VII

Solo dos minutos. Desearé, señores, que me dieran dos minutos de su tiempo para el siguiente excursus. Personalmente, me parece un dato relevante al caso sobre el cual se lleva causa. Como argumento, me gustará escudarme en la emisora alfabetizadora tan en boga de los programas jurídicos en la parrilla televisiva y también cierta cultura sedimentada aquí, entre todos nosotros. Perdó, entre ustedes y yo. Una cultura que fue la única cultura que teníamos a mano. Y es más, excelentes presentes, era con aquellas palabras que comenzaba nuestro principal cable a tierra cultural. La apertura insuficiente de la cortina daba paso a la musiquita aquella, la del show, siempre entre el medio día y la hora del almuerzo, ¿se recuerdan?, ¿entonarán conmigo el jingle aquel?: En solo dos minutos / tan solo dos minutos, muy bien, muy bien señor del espejo, usted se ríe, significa que sabe lo que viene, debe saber lo que se viene, ríase no mas, usted podrá cantar / bailar, recitar, ser un cómico o actor, ¿o decé a u?, claro, era más bien usted podrá cantar / bailar, recitar, ser un cómico u actor, la u siempre entre todo, entre todos nosotros. Y así iba la letra dictada al son, hasta que se abría la cortina dando a la entrada al coro de la canción de aquella extraña tabla salvavidas con forma de peso muerto de nuestra excelente cultura nacional: Cuánto Vale el Show, ¿se acuerdan, señores excelentes?, se acuerdan del jurado saludando de uno a uno en el close up de las nostálgicas texturas de aquellas imágenes y justo en el fading de la melodía. Todos sabemos de quienes hablo, cabrán todos ahí, desde los izquierdistas ex M.A.P.U. hasta los simpatizantes más desvergonzados del régimen. Dictaminaban sus apreciaciones y se convertían en un tribunal legitimador, tal cual ustedes, yo no, a mi no me interesa. Creo que me he ganado el

derecho a mis dos minutos antes de seguir con los detalles troncales de lo que considero más importante en el desarrollo y la explicación de mis conductas, oyentes silenciosos. Dicho excursus corresponde a un pequeño y, tal vez, intrascendente sueño que vino a mí - ayer por la noche. En él me veo a mí mismo en compañía de al menos tres desconocidos. Uno iba cubierto con la piel de un chimpancé, el otro vestía una camiseta a rayas con un cocodrilo en el pecho y el tercero caminaba desnudo, como un chimpancé piojoso, y llevaba un tatuaje de la Virgen del Carmen que tenía como fondo un sombrero militar de la Guerra del Pacífico, rojo y azul. Caminábamos por antiguas calles abandonadas, parecíamos unidos por no más que una necesidad del momento, como seres descolocados que se encuentran torpemente y tras una catástrofe nuclear. Era ya avanzada la noche y los primeros rayos oblicuos de un sol que no tarda en asomar por la cordillera rebotaban en el asfalto llenándolo de tonalidades azulinas y opacas. Teníamos miedo. Las calles estaban vacías, daba la impresión de haber sucedido algo cuya información nadie parecía poseer. Se olía a miedo, más miedo del común. De pronto reconocí, con esa extrañeza que empuja o rota las perspectivas de los ángulos de la niñez y sus lugares, donde diablos era que estábamos parados. Dije a los demás que había que tomar la misma calle sobre la que vamos hasta María Elena, luego caminar otro trecho y seguir por Santa Raquel. Todos me hicieron caso, más por miedo que otra cosa.

La atmósfera del barrio parecía sacada de las películas que veíamos en los años de infancia, otro ángulo, excelente-simos presentes, de nuestra cultura, de lo que no quiero ser y de lo que ustedes forman parte. Siendo sincero, cuando logré poseer un videograbador, un VHS, veía hasta tres de estas películas al día. Sagas completas, llenas de héroes amorfos, de asesinos por gusto, de masacres totales, de zombies, muñecos o payasos diabólicos que asolaban las ciudades. Y en cada cuadra había una sucursal. Películas de producción sospechosa y mandadas desde el norte como un misil, hombres que al otro lado del mesón escondían carpetas con carátulas pornográficas y que siempre dirigían sus cuellos hacia un televisor estaqueado sobre lo alto del videoclub, el que yo frecuentaba, de hecho, estaba en María Elena. La atmósfera oscilaba, entonces, entre todas las texturas de estos films, como si Morfeo hubieran metido todas las sagas en una coctelera, un Jason, un Alien, un zombie, una manada de mutantes hambrientos de carne humana, un Los Ángeles postnuclear, un payaso asesino, un espejo que ampara al demonio, una casaca de un pueblo perdido de Norteamérica, un vehículo criminal y misérgico, gatos que vuelven desde una sepultura, perros rabiosos y rebosantes de químicos prohibidos, debacles, salidas de madre, errores científicos, círculos, ensayos, coleópteros inmensos, piratas caníbales, androides mercenarios, espuma radiactiva, extraterrestres suplantadores de cuerpos, piratas caníbales voladoras, aviones con monstruos royendo sus alerones, intraterrestres devoradores de roedores, cenobitas sadomasoquistas, piratas caníbales voladoras telepáticas, muertos vivos encerrados en un mall, colchones sanguinolentos. Todos los apocalipsis habidos y por haber. La síntesis de nuestra atmósfera agrupaba todas estas tonalidades y más. Esa mañana, mi sueño, era todos aquellos apocalipsis.

Llegamos hasta la entrada de la Villa El Sendero, por Santa Raquel, Lago Chungarí se llamaba el pasaje, el sol aún no asomaba entre la cordillera, el azul desgastado nos rodeaba como una nebulosa intemporal y remota, por la calle pasaban microbuses monstruosos, cuatro veces su tamaño normal, roían el pavimento partiéndolo en agujeros lunares. Al otro lado de la calle asomaban los barrotes del portón. Hay que cruzar, me decía el de la camiseta con el cocodrilo. Yo a mi vez le hacía un gesto para que se detuviera inundado en aquella claridad delirante que dan los sueños, los microbuses arrollaban el pavimento como una manada de paquidermos mecánicos y feroces. Sobre el asfalto azulado se veían restos de cuerpos, pozas con trozos de algo desmembrado y espesuras viscosas similares a la sangre, colores violetas emergían desde allí, yo pensaba para mí - esto no puede ser sangre, esa masa pegajosa no puede ser sangre. El movimiento se hacía a ratos más veloz por el paso de los vehículos. Abandono es lo que se sentía. Las ganas y la incapacidad certera de ayudar a los demás tipos, al mundo que se había perdido esa mañana que de un momento a otro yo insistía en llamar martes repitiéndome para mis adentros hoy es martes, Viernes, hoy es martes.

Voy a cruzar, dijo el de la camiseta y se arrojó contra la calle. El simio me veía de reojo gesticulando, tocando mis vestimentas, mi sotana color café. Intermittentemente y tras sacarse los mocos, empezó a saltar en cuatro patas, el de la camiseta se perdía entre la maquinaria, entre la grasa y la sangre y los ruidos y tumbos de las llantas contra el suelo. Dado, gesticulaba sin hablar el mono a mi costado, jalándome la sotana y dirigiendo la pelvis en dirección a la calle. Dado, insistió, y apuntó con el índice a la figura del chico de la camiseta que ya entraba por el portón del Lago Chungarí. Volteó hacia atrás y el que traía el cuero de chimpancé sobre la cabeza nos comenzaba a mirar de un modo algo torcido, el mico también lo notó, me dio una última mirada nerviosa y se abalanzó contra el cruce y la mañana lo envolvió como un manto de tonalidades color petróleo. El chimpancé babeó al contacto de su piel contra el acero, el chimpancé no había alcanzado a posar sus cuatro patas sobre el asfalto cuando la carrocería de un bus lo aventó varios metros para luego pasarle por encima, y así, una máquina tras otra, fueron moldeando sus restos viscosos al pavimento agujereado, dejando poco más que una marca pestilente sobre la cual se fueron arremolinando moscas, hormigas y el olfato del chimpancé, quien comenzaba a verme con un gesto parecido al hambre. Entonces desperté, seiores de rostro cansado.

Eran solo dos minutos. Ya lo sé. Difícil parece vengarse de la estupidez con lapsos tan cortos. El tiempo ya no nos alcanza. Pero debería recordarles a un hombre de apellido Lira, poeta que vi leer alguna vez en cierto video, llevaba sombrero y se apoyaba contra el mimbre de un sillón en la sala de la casa de Enrique Lihn, también poeta. No me miren con esa cara de pregunta, por favor, si no saben quién es Lihn no es problema mío, los que se joden son ustedes, seiores excelentes. Pero bueno, no solo en esas imágenes se dejó ver Rodrigo Lira. Un día remoto de mi infancia, mucho antes de la mudanza de los Muñeco y saliendo de los setentas, se asomó a Cuñto Vale el Show, como un duende que corre de canal en canal escapando del zapping. Entró en el programita cultural aquel, el del jurado infame - esto no es una argumentación por simetría, mis queridos detestables -, ni más ni menos que el caballero Lira. Cubrió el escenario aquel, tiempo antes de suicidarse en su casa de la Villa Olímpica, por supuesto, y

se dejÃ³ llevar, o se los llevÃ³ a todos, como en un rÃ©o fantasmal, sumergidos en un parlamento de Otelo. El discurso aquel versaba sobre la venganza, repetÃ­a aquella palabra una y otra vez, la venganza, la venganza. Solo dos minutos. No se necesita mucho mÃ¡s a veces para llevarla a cabo, o simplemente para sepultar vergonzosamente a los jueces, a los presentes que, por entonces, le dieron todos los parabienes y mÃ¡ximos puntajes al caballero Lira, premiando su actuaciÃ³n, su performance, sus dos minutos, con un librito de regalo. Â¿Y Lira? Lira ahÃ­, disfrutando la venganza. Lira ahÃ­, riÃ©ndose en la cara de los infames, estrellando como un tortazo la propia ignorancia culta de los legitimadores que lo alababan por tener el carisma y el buen gusto de representar nada menos que al mismÃ­simo Shakespeare. Dios mÃ¡o, quiÃ©n lo iba decir, arrugada Montesin, quiÃ©n iba a pensarlo, Erich â€œM.A.P.U.â€• Polmancker, quiÃ©n dirÃ­a, Lafou los libritos. CÃ³mo se habrÃ­ reÃ­do don Lira, de ustedes, de mÃ­, de nuestro futuro. CuÃ­n poco, o quÃ© tanto lo habrÃ­ satisfecho la performance. Nunca lo sabremos, excelentÃ­simos, es asÃ­, hay zonas de los hombres a las que jamÃ¡s tendrÃ­n acceso, para comprenderlo sÃ³lo debÃ©is mirarme, fraudulentos gerentes de la nada. Hay una zona de mÃ­ que jamÃ¡s doblegarÃ­n a menos que la deseen tal cual lo hago yo, todos los que seremos presentes sabemos que es aquello lo que nos reÃ³ne, su incapacidad y mis deseos. No basta nada mÃ¡s.

## VIII

Pero falta poco para llegar, asÃ­ que debemos apegarnos a los hechos pues no hay finalidad mÃ¡s austera y ridÃ­cula que la de este discurso pretendido una infantilidad molesta, rayana en lo innecesario. Yo me cuido, es por ello que debemos dar curso a los hechos mÃ¡s que a los sueÃ±os. Ustedes. Ellos. Yo no, yo me cuido, yo divago, yo detallo, sobre todo mientras me quede el tiempo, viÃ©ndolos, ya desde aquÃ­, a media marcha y entre estos carritos multicolores que bullen por doquier, llenos de baratijas chinas, rondados todos por lo que, en sÃ­ntesis, no podrÃ­amos revocar. Yo mismo soy rondado, me siento en un atochamiento y espero a que los sucesos avancen junto con el trÃ¡fico desmedido. Y veo a estas gentes pulular y algo en mi alcanza a ser cÃ³mplice de su belleza. Ellos. No ustedes. Pero lo concreto, el hecho, quiero decir, es que el juego se llamaba Pegar â€“ pegar, y el juego se conserva, pero el nombre no. El nombre puede ser hoy la imagen desmembrada de la pornografÃ­a al amparo de cada computador en cada hogar chileno, sitio oscuro y depositado bajo el pÃ¡rpado mÃ¡s ojeroso que cada familia ha sabido conservar cerrado y vuelto hacia adentro a fin de no romper la tradiciÃ³n evolutiva de la cÃ¡mara oscura. El nombre del juego, su mutaciÃ³n, tambiÃ©n podrÃ­a caber entre los cargos de los que se me acusa, perfectamente, sus excelentÃ­simos, es lo que les competerÃ­ en lo sucesivo, a usted tambiÃ©n, usted, cuyos ojos me ven con desasosiego, probablemente piense que estoy loco, que quÃ© hago sentado aquÃ­ dibujando palabritas raras de artista por el aire de su espacio cotidiano, usted, representante del pueblo y gozador de programas estelares, me gustarÃ­a hacerle saber quiÃ©n soy, de dÃ©nde vengo, quÃ© es lo que me ha formado, quÃ© es esta mancha salobre que cargo y usted me devuelve con la acidez de su mirada volteada en el espejo y repleta de desconfianza. Pues bien, el juego, nuestro juego, se llamaba Pegar â€“ pegar, y como todos los juegos que revolucionaron nuestro barrio, fue traÃ­do, entre muchos, incluidos juegos de dados o cartas, por los chicos de la familia MuÃ±Ã³n, sobre todo por Felipe, un poco mayor que todos nosotros. Pero, seÃ±ores, si hubiese que ajustarse a las acciones, no a las mÃ­as por supuesto, no por las que se me juzgarÃ­ sino por las que intento explicar mis actos, tendrÃ­a que mencionar el juego previo a Pegar â€“ pegar, tendrÃ­a que mencionar el primero de los juegos viciados de los que fuimos partÃ­cipes, es decir, tendrÃ­a que decir Comandos.

## IX

Me dirijo a ustedes. O mÃ¡s bien, me dirijo hacia ustedes.

No les mentirÃ©. Voy a estrellarme contra ustedes apenas me anime a tirar de aquÃ­ al representante del pueblo, al de los ojos en el espejo.

Quienes vengan tras de mi los pulverizarÃ­n. Se les importarÃ­ una nada. Ni siquiera tendrÃ­n esta deferencia mÃ­a de querer hablarle al aire.

## X

Comandos durÃ³ poco tiempo. Fue un juego que no hallÃ³ consonancia en nosotros - no en ustedes -, que por entonces Ã©ramos mÃ¡s bien buenos, niÃ±os piadosos, testigos de un silencio rodado de dÃ­a en dÃ­a y volcado en los movimientos deseosos de cada ojo tiritÃ³n de nuestros progenitores. Ã©ramos buenos e ingenuos. Es por ello que no pudimos con Comandos, juego demasiado simple y brutal en el que cada chico formaba parte de uno de los dos bandos en disputa. El juego, en resumen, no consistÃ­a en nada mÃ¡s que secuestrar al enemigo y castigarlo en soledad hasta que el grupo contrario llegara a rescatar a los prisioneros, momento en que se producÃ­a el efecto inverso, y asÃ­ sucesivamente. PodÃ­a durar atardeceres completos, noches enteras.

Felipe fue nuestro maestro, nuestro Ã­ngel castigador. Yo mismo no he podido abandonar, a regaÃ±adientes, ciertos Ã­ngulos de su doctrina secreta. Ante ustedes no tendrÃ­a que estar de no haber visto a Felipe dando sus exhibiciones, de pie y frente a nosotros que lo mirÃ¡bamos llenos de un asombro circular y completo, sentados en la cuneta y a la sombra escasa de un Ã­rbol a mal traer. Como en una variedad, Felipe nos presentaba a su hermano menor, mi modelo, decÃ­a, y se apresuraba en dar curso a la clase, regalÃ­ndonos toda su metodologÃ­a, Ã©l entonces ni siquiera debe haber pensado que de eso se trataba, de un mÃ©todo y de su transmisiÃ³n, del cÃ³mo golpear, del con quÃ© nudillo, del en quÃ© postura, del con quÃ© equilibrio, y en ese caso en especial, del cÃ³mo se giraba una muÃ±eca hasta llevarla al borde del dolor y la fractura. Luego, sobre esa misma demostraciÃ³n y sobre el cuerpo retorcido y casi dislocado de su hermano, decÃ­a a asÃ­ tienen que secuestrar al enemigo, neutralizÃ­ndolo, lo toman del cuello, le aprietan un poco mÃ¡s la muÃ±eca y

lo echan al cuartel, eso sÃ-, la tortura solo puede ser hasta cuando lo rescaten, se habla con el guardia y con el encargado de extraer la informaciÃ³n, solo ahÃ- empieza la verdadera tortura. Ah, decÃ-a Felipe, y no vale tirar el pelo, eso es de maricones.

Fueron los primeros descubrimientos de aquella violencia urgente, acurrucada y dormida en cada uno de nosotros. Violencia que mutÃ³ junto con Felipe y sus invenciones, violencia que abriÃ³, como una llave y un cerrojo, o como sus manos y la muÃ±eca de su hermano menor, las puertas de juegos mÃ¡s placenteros pero no menos violentos. Felipe soltÃ³ a Javito, su hermano menor, un chico con facciones de roedor. Ãndate para la casa, le dijo, sino te voy a seguir usando. Javito, lleno de tierra y moquillento, lloroso y colorado de la vergÃ¼enza o de la rabia, se sentÃ³ en la cuneta junto a todos nosotros, sin decir nada, sin hacer caso. Felipe fue rodeando lentamente a su hermano sin escÃ¡ndalo o maledicencia pero envuelto en un gesto burlÃ³n, un gesto lleno de sorna. Entonces, precisamente cuando todos pensamos saber quÃ© es lo que seguÃ-a, Javito, su cuerpo de roedor esquelÃ©tico, se azotÃ³ contra la acera en un sonido hueco, un ruido grave y vacÃ-o que no encajaba con sus dimensiones. Fue un patadÃ³n contra su espalda encorvada, la cabeza se le incrustÃ³ en el cemento. El mismo Felipe levantÃ³ a su hermano, pequeÃ±o y avergonzado, lleno de una rabia rastrera e insuficiente pero ya encaminada, y se lo fue llevando rumbo a casa mientras Javito se dejaba reteniendo el llanto. Algunos se rieron, pero siempre bajito, siempre con la burla oculta y no por delante, una burla vertiginosa emplazada entre el ano y los testÃ-culos. Ya habÃ-amos entrado en vereda.

## XI

La cuneta es una cuna dura y fija.  
Secante. FÃ©til en horrores.

## XII

BÃ¡jate mierda. Que ni se te ocurra mover la mano, representante del pueblo.

## XIII

Y ahora sÃ-, al mando, aunque sea solo durante estos minutos contados a punta de reloj y previos a nuestro encuentro, seÃ±ores del jurado que los veo aparecer en el horizonte, proseguirÃ© a dar testimonio del juego al cual querÃ-a llegar. Pegar â€ pegar se llamaba, y su nombre no se conserva pero existirÃ¡ latamente, incluso despuÃ©s de mÃ-, despuÃ©s de nuestra colisiÃ³n.

El Ãºnico que conocÃ-a las reglas de Pegar â€ pegar era Felipe, dictaba la pauta y los ritmos, por ende era El Palo. El opuesto de El Palo, es decir, de quien regÃ-a, llevaba por nombre El Elegido, y era el dulce depositario del yugo. El Elegido debÃ-a agachar su cabeza formando una L y apoyarla en la entrepierna de El Palo, quien, a su vez, aplastaba su espalda contra un inmenso poste de luz, un bloque de cemento y polvillo que se alzaba como en el gesto del arÃ³spice. DÃ¡ndonos el trasero a todos, la espalda del Elegido estaba ya en manos de Felipe, tambiÃ©n en su entrepierna sacerdotal, el resto que siempre hemos sido, los rodeaba como en una misa negra.

Al pegar â€ pegar, seguir pegando, Ã¡no pegar!, cantaba Felipe y nosotros uniÃ©ndonos en un murmullo coral que nos aconchaba restos de espuma en las comisuras de los labios. Al pegar â€ pegar, seguir pegando, Ã¡no pegar! Y ay del que pegara al no pegar, ay de quiÃ©n no detuviera aquel cÃ¡ntico ligero pues le esperaba la humillaciÃ³n de la entrepierna, la exposiciÃ³n del trasero, los empellones, las caderas, nuestra saliva y nuestras manos pegajosas. Y, principalmente, los castigos ambivalentes, el miedo ante lo que jamÃ¡s se logra ver venir.

Este cÃ¡ntico inicial era solo el pretexto para entrar en un gran juego de posibilidades que ocultaba todo un ars combinatoria y que, entre juego y juego, sumaba nuevas variaciones de tonalidad, lo cual lo asemejaba mucho a la transmisiÃ³n del conocimiento en las culturas orales. Ã Saben, excelentÃ-simos, quÃ© es una cultura oral? Ã Escuchan venir nuestros murmullos? Por que ya somos. La ineptitud de los mayores, de nuestros padres asomados a la calle donde jugÃ¡bamos, su inopia y su silencio, se han convertido en nuestro poder. Los mÃ¡s jÃ³venes, a su vez, han heredado de nosotros la levedad, la incapacidad de hacernos cargo. Hoy fabrican orgÃ-as despuÃ©s de las clases, enroscados en el salÃ³n de sus casas â€ no dirÃ© en el living, sus excelencias, yo he zafado en mayor o menor grado, yo peleo por no ser su lenguaje -. MaÃ±ana los mÃ¡s pequeÃ±os se embarcarÃ¡n, repletos de tedio, en las arcas de los clubes de suicidio cuyas convocatorias circulan ya por las pantallas que ustedes mismos utilizan a diario para leer las noticias asquerosas dictadas por los dos grupos econÃ³micos que regulan nuestra verdad. La suya, no la nuestra. Ã Escuchan el murmullo? Ã Los grupos econÃ³micos escuchan murmullos? No. Los grupos econÃ³micos solo oyen sonidos chirriantes y de trazo grueso, tintineos como explosiones es lo que oyen.

En todo el ars combinatoria del Pegar â€ pegar, hoy, recuerdo algunos nombres. Linterna Verde. Recuerdo un rayo de luz imaginario que pasaba a ras de suelo y que debÃ-amos evitar subiendo a la primer altura que encontrÃ¡ramos. Guanaco sale de paseo, donde el Elegido emulaba un carro lanza aguas escupiendo a diestra y siniestra al resto de los participantes, quien recibÃ-a el primer escupo tomaba el lugar del Elegido. Monitos cagando en misa era el nombre de otro en el cual, al toque de esta frase con el aire, todos tenÃ-an treinta segundos para encontrar un palito, cruzÃ¡rselo en la boca y acucillarse pasando los antebrazos por los pliegues tras las rodillas, para asÃ-, mudos y en genuflexiÃ³n, aguantar, soportar, resistir el propio peso durante el conteo y la revisiÃ³n de tropas a cargo del Palo y el Elegido. La verdad es que los juegos olÃ-an a milico, a secreto de archivo, al retozar cÃ³mplice que existe entre las cuatro paredes de los cuarteles, a milicia bien verde y bien homosexual. TambiÃ©n olÃ-an a roce y represiÃ³n, pero sobre todo, a

una creatividad trastornada y babosa. El silencio forzado empuja a la creatividad hacia un abismo en el que se mezclan rocas filosas con un mar de espumas suaves.

Si los juegos venían desde donde los delataba su pestilencia, si su genealogía decantaba en nosotros, y aquí, también en ustedes, mi pregunta es la siguiente, ¿cómo llegaron hasta nosotros, niños lejanos y sin memoria, sin centro, sin Santiago, sin contacto, sin militares a la vista? Escuchen el murmullo que por entonces yo no codificaba tras las figuras sombrías cernidas sobre los consejos de nuestros padres ausentes y madres solteras, mensajes bajo sus mijito hable bajito, mijito no diga esas cosas, mijito ántrese temprano, mijito no diga garabatos, mijito.

Decir la T.V. suene quizá a exageración. Las excelsas paradas militares de esos fines de semana tan tristes, tan grises, vacíos largos capeados al amparo de algún cuarto de una playa nublada del litoral central, la familia encerrada y contemplando la naturaleza desde el anverso de una ventana. O tal vez el desborde de guerreros en pantalla: dibujos animados de Rambo, films de Rambo I, II y III, los dobles de Rambo en el mediodía de cada hogar de cada familia chilena que sorbiendo sopas instantáneas y abstraída en el programa éxito lo ven hacer una pirueta más bien imbecil. El doble de Rambo saltando desde la cima de una fuente de agua en una calle del centro de Santiago, una fuente de agua que ya no existe y en cuyo diseño se dejaban ver, bajo el frescor cristalino que las cubría, támidas huellas de piecitos como hormas de cemento. El doble, o el triple, o el cuadruplo, el cuántuplo de Rambo, recibiendo un libro de manos de Lafourquén en Cuánto Vale el Show.

Yo no sé.

Lo que sé, sé, lo único sobre lo cuál puedo versarme, guarda relación con el deseo por el que se me acusa, deseo que también se halla en algún rincón de sus cuerpos amorfos y que a mi me parece directamente ligado a una de las variaciones del ars combinatoria, aquel juego llevaba por nombre El Flipper.

Flipper para nosotros era la traducción de las máquinas de pinball que solíamos hallar en los antros de juegos electrónicos, salones llenos de humo y niños sin dinero que dedicaban su día a mirar las aventuras de un personaje pixelado que, a fuerza de la miseria, no era posible comandar. Si hoy, y en el marco de nuestros juegos, tuviera que jugar al Flipper, es seguro que perdería. No recuerdo las fases. Mi cabeza estaría apoyada nuevamente entre el bulto tibio de Felipe, paquete que mutaba junto con el país, y juegos que se transformaban al son de los cambios impuestos por Felipe.

Déjenme recapitular.

Se entraba imaginariamente al local donde se hallaba el flipper, un espacio abierto que podía estar en plena calle o sobre las piedrecillas de las torres - baldío por el cual pasaban hileras infinitas de torres de alta tensión que, según los chismes, dejaban tonta a la gente que viviera en su radio de alcance-. Se saludaba al dueño del bien, Felipe, siempre moreno, risueño y muy sucio. Se le compraba la ficha con una moneda imaginaria y Felipe entregaba la fichita, también imaginaria, con una sonrisa cómplice, casi pícara. Imaginariamente, entonces, miopes del jurado, se detienen ustedes, usted, nosotros, a mirar, no sin algo de orgullo solapado, el trasero parado del Elegido, generalmente flaco y huesudo bajo la envoltura musgo del coté gastado, del corduroy que desprende la levedad de un polvillo gris. Hasta que llega el momento de echar la ficha imaginaria en el trasero familiar, y en exceso real, del amigo Elegido, y de un palmazo, seco y firme como la caída de un pesado cojín, ustedes, nosotros cien mil diabólicas veces, empujan, empujamos, la ficha culo adentro y casi siempre dentro de la ranura imaginaria de la nalga derecha, eso, obviamente, a menos que sea zurdo, pero en este tiempo aquellos ejemplares son más bien escasos, y si los hay, nadie en verdad quiere saberlo. Y así se van preparando para el clímax mientras todo el resto, los niños babosos que observan como en un anfiteatro de la masturbación en trance, se van tocando ciertas zonas corporales compenetrados con gestos similares a los provocados por la urticaria. Ya está todo preparado y servido, el mundo de entonces es tibiamente iluminado por una claridad serena e incolora que todo lo inunda. La luz inunda nuestras manos bien agarradas a las caderas del Elegido, su cara vista al suelo también se anega, su cabeza presta al golpe contra el poste, sus dientes apretados son una gran casa que arde, un manicomio con locos en el patio. Saltamos. Somos un furor en aquella misa en que usted, nosotros y ustedes, damos el empujón contra el trasero escuálido del Elegido. El Flipper, el recibo gozoso por nuestros juegos imaginarios es lo que nos reúne. Solo daremos espolonzos fugaces, querremos refregarnos interminablemente, pero solo bastarán aquellos tres punteos, aquellos tres pinchazos, para sentir el deseo exudado de cada cual y a los que como consumidores imaginarios tendremos derecho. Carne estrecha. Hueso rompiente. El Elegido. Ya nos tocará el turno, a ustedes, a mi, a los que vendrán, a los chiquitos que por la noche me verán en el noticiario de las nueve. Cada uno se refregará en el trasero del Elegido por espirales y espirales de tiempo y espacio, pero es solo el juego el que se conserva, para los nombres no hay espacio.

XIV

Yo compro.

Tú compras.

Él compra.

Nosotros compramos.

XV

Los veo verme venir, aunque las vidrieras abismantes de su nuevo edificio impidan que entre en ustedes, que los llegue siquiera a tocar con la masa de mi voz o con la máquina que dirijo. Mi nombre es Vittorio Argomedo de las Casas y querrán juzgarme por supuesta pedofilia. Mi amor es como una mordaza. Inútil es que intente explicarles en qué

consiste verdaderamente mi proyecto, a su tiempo lo entenderán, mi fin, aunque les suene una locura, es estrictamente ético.

He debido bajar al representante del pueblo, el taxista que me garabateaba envuelto en el ruido ensordecedor del barrio Franklin, hace unas pocas cuadras. Se debe haber creído que yo era un trastornado o algo peor. ¿Qué se puede hacer? Lo primero que hubiese pedido para mí es castración o pena de muerte, a nadie le importa verdaderamente el fondo del asunto, a nadie le interesa votar por su propia responsabilidad.

Qué raro era ver su edificio desde ahí, desde las baratijas y los saldos chinos del barrio Franklin, los nuevos tribunales de justicia, sobre el horizonte y a un costado de la autopista, parecían un gran elefante de cristal, mi abuelo alguna vez me contó que justo en ese lugar, alguna vez, en el estallido de la dictadura, volaban balazos desde distancias que abarcaban cuadras, me mostraba incluso, mi abuelo, los agujeros de los muros. Y ahora los flamantes tribunales de justicia ocupan esos espacios que alguna vez fueron de la maestría de armas del ejército. Qué raro era imaginarlos a ustedes encerrados al otro lado de aquellos vidrios polarizados, qué raro el contraste de las bandas colorinches, de las bacinicas colgadas en las vitrinas, de la basura diaria de las calles y los juguetes taiwaneses frente al elefante de cristal en el horizonte. Mientras conducía no pude alejar de mí otra imagen superpuesta: el resultado más actual de la casa de los Muñiz, en la villa El Sendero, un bloque de dos casas pareadas sobre cuyo segundo piso se extendía un balcón colonial forjado en madera, estilo en boga en casas de narcotraficantes de los barrios donde de pequeño viví. Ambos bloques, el elefante de cristal y la casa de los Muñiz, guardaban un correspondencia secreta en mis ideas, trama que aún no alcanzo a descifrar del todo, pero que quedaré en quienes alcancen a recibir, al menos, el sesgo de mi acto. No faltará alguien, señores del jurado, ya entramos, y ahora sí puedo decir todos, puedo decir nosotros, ya entramos todos en vereda. No faltará quien descubra mi mensaje entre las líneas catódicas de la televisión, hoy por la noche, no necesito más que esos pocos segundos para entrar en alguien más, o en quien lea el periódico y sus mentiras diarias, pedáfilo cobarde no soportará la vergüenza y se estrellará contra edificio, será la probable constante en todos esos discursos. Pero yo tengo fe. Y lo que es más importante, ineptos desconocidos del jurado y señores ausentes, tengo un plan que está a punto de encontrar su trama.